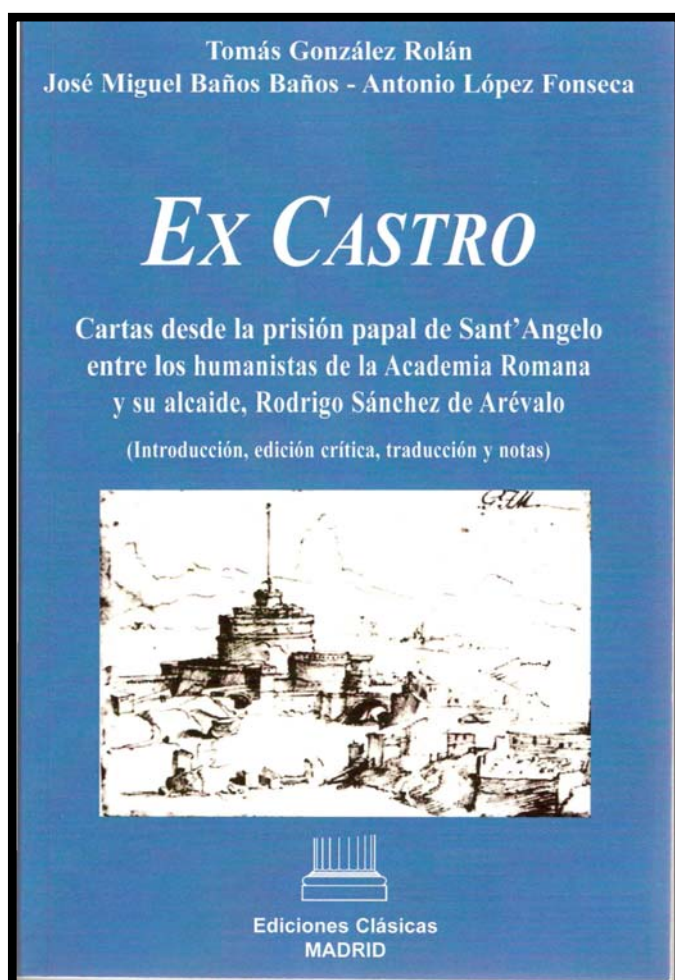


Tomás González Rolán, José Miguel Baños Baños, & Antonio López Fonseca. Introducción, edición crítica, traducción y notas. *Ex Castro. Cartas desde la prisión papal de Sant'Angelo entre los humanistas de la Academia Romana y su alcaide, Rodrigo Sánchez de Arévalo*. Madrid: Ediciones Clásicas, 2008. 328 págs. ISBN: 978-84-7882-636-X.

Reviewed by Antonio Cortijo Ocaña
University of California, Santa Barbara



De excelente cabe calificar el estudio y edición de las cartas cruzadas entre los humanistas encarcelados en la segunda mitad del siglo XV en el castillo de Sant'Angelo (por conspiración contra el Papa) y su carcelero, el español Rodrigo Sánchez de Arévalo. Editadas algunas con anterioridad, traducidas fragmentariamente otras, y juzgadas de relevancia extrema por los críticos todas para la historia del Humanismo español, tenemos ahora la primera edición completa (crítica) de las mismas, con traducción al castellano.

A partir del 28 de febrero de 1468 y por orden de Pablo II se apresó a los más conocidos miembros de la humanista Academia Romana (secretarios de cardenales) por conspiración contra el poder papal y por tener una vida licenciosa y herética, quedando apresados

todos ellos durante casi dos años. Sometidos a aislamiento y torturas, la conclusión del juicio sobre los mismos fue que no quedaba probado su involucramiento en la misma, si es que había existido alguna vez dicha conspiración. Los encarcelados se cruzaron una serie de misivas con Sánchez de Arévalo en que con mezcla de *topoi* de raigambre estoica y bíblica se abunda en el género de la consolatoria *sensu lato* y que sirven para ofrecernos una ventana incomparable para el análisis de la oposición humanismo

reformista y conservadurismo religioso católico, así como el buceo en el tema del sedicente humanismo (cristiano) de una figura de la relevancia como Rodrigo Sánchez de Arévalo.

“La Iglesia Católica y la cultura clásica”, capítulo inicial, es un lúcido análisis del papel que le cabe al humanismo en el movimiento reformista intelectual del siglo XV. En particular, es muy acertada la presentación sobre la visión que este movimiento tiene sobre la Antigüedad clásica y su papel como cultura alternativa, antiescolástica y en parte anticlerical

que rechazaba [...] el concepto de autoridades [...] y que trataba de recuperar, inspirarse e imitar a los autores clásicos grecolatinos con el fin de aprender de ellos no sólo la elegancia de estilo sino también su sabiduría, que proyectada en el presente pudiese dar respuesta a muchas de las inquietudes y expectativas del hombre, en el que se descubre su conciencia individual, su dignidad, su derecho a disentir, y que desde ahora es tratado y contemplado en función de sí mismo y no como en la Antigüedad Tardía y en la Edad Media en función de Dios. (14-15)

Es pertinente la distinción señalada entre la concepción lineal del tiempo cristiano y la circular grecorromana, así como la consabida oposición entre teo- y antropocentrismo y la discusión engrandada en el seno humanista sobre las dimensiones temporal y espiritual del papado. Igualmente pertinente es la referencia al *ideal republicano* humanista, en su casi totalidad *desiderátum* ideal sin intención de aplicación práctica a la vida política contemporánea. En suma, los editores marcan con claridad en qué consiste esa percepción estamental católica del movimiento humanista como “peligro para el predominio espiritual y cultural de la Iglesia” (17), a pesar de que la curia llegara a abrazar en su seno a muchos de sus representantes como profesionales de los que no podía prescindir.

“Los humanistas de la Academia Romana y la conjura contra Pablo II” entra en materia con un perfil detallado de dicho pontífice, vano e intrigante, con un análisis del clima político inquieto con guerras y conjuras, entre las que destaca la que da lugar a este libro, la de los humanistas de la *Accademia Romana*, encabezados por figuras de la talla de Platina y Julio Pomponio Leto. De 1468 a 1470 ellos y otros muchos compañeros académicos fueron apresados en el Castel Sant’Angelo, sometidos a dos juicios, torturados y por fin quedaron en situación de libertad condicional y vigilada, “primero en el Palacio papal, luego en los alrededores del Vaticano, y finalmente en la ciudad de Roma” (22).

“Los humanistas y Rodrigo Sánchez de Arévalo” creemos que supone un intento esmeradísimo de análisis de la figura de este eclesiástico (1404-1470), de relevancia en las letras peninsulares del siglo XV y –por motivos diversos– no estudiado como merece hasta la fecha. Se repasan los datos básicos biográficos del segoviano, sus estudios en Salamanca (donde obtuvo una sólida formación escolástica), sus

nombramientos eclesiásticos, su labor diplomática y su puesto como castellano de Sant' Angelo bajo Pablo II. Los autores analizan su papel involucionista y conservador con respecto a los estudios clásicos (en línea con Julio II) del humanismo, aunque adoptan un punto de vista a medio camino entre quienes han visto en él un antihumanista decido y los que se han decantado abiertamente por su carácter de abierto humanista castellano (ya desde su formación dentro de la órbita de Alfonso de Cartagena). Concluyen que, en especial en el epistolario aquí editado, se trasluce un intento por “hacer concordar las dimensiones filosóficas clásica y cristiana, y este intento de conciliación entre Humanismo renacentista y Cristianismo, propugnado por destacados humanistas como G. Manetti o A. Traversari” (38). Hacen también referencia a su obra *Spejo de la vida humana* (1468) en la que incluso plantea reformas dentro de la Iglesia y que le valieron nada menos que ser considerado precursor de Lutero. Si su contacto con humanistas produjo el renacer de gustos literarios que ya se le despertaran en el entorno castellano de Cartagena, los autores concluyen

creemos, pues, que Sánchez de Arévalo desde posiciones conservadoras, y si se quiere no humanistas, se sintió atraído y en parte identificado con muchos de los planteamientos del Humanismo, en particular con la necesidad de reformas. (39)

Y por supuesto queda de manifiesto la actitud humanitaria de quien trató con respeto a los prisioneros a su cargo, velando por su salud espiritual y hasta material, cuando ni siquiera los cardenales para quienes trabajaban se dignaron siquiera responder a sus cartas angustiadas.

Siguen después secciones dedicadas al repaso de los mss. que han conservado el carteo entre los prisioneros y el obispo y el establecimiento del *stemma codicum*.

La edición *per se* es pulcrísima, ofreciéndose los textos latinos y traducción castellana enfrentados. Nada tenemos que añadir en lo referente a la traducción, siempre acertada y en especial fluida. Sí indicaremos que supone una labor ingente la elaboración de uno de los aparatos críticos de que se acompaña el texto latino (amén del de variantes): el de fuentes. Para mejor demostrar la cultura de Rodrigo Sánchez de Arévalo, o la sus corresponsales, los autores han explorado con casi total exhaustividad las fuentes directas e indirectas (estas últimas particularmente atractivas para el estudioso) de los textos. Ello da como resultado la posibilidad de analizar, con la ayuda del índice final de fuentes (y el de autores y obras del aparato crítico), la riqueza de las fuentes usadas por los autores (en especial Rodrigo Sánchez de Arévalo), entre las que destacan las bíblicas y patrísticas, amén de Séneca y Cicerón –con preeminencia entre los latinos– y los Plinio el Joven, Quintiliano, Valerio Máximo, Virgilio, Marcial, Ovidio, Salustio, Silio Itálico, Quinto Curcio, Terencio, Vegecio, Boecio, etc. Un glosario de nombres propios concluye la obra y permite al

lector tener una referencia breve sobre vida y obras de los autores relacionados con los textos editados.

Una edición de mucha relevancia, pues, por el estudio –breve pero de enorme interés– introductorio y por el cuidado con que se editan y analizan en el aparato crítico las cartas que forman parte de un proceso único en la historia del humanismo.

Sobre el contenido de las cartas, quizá convenga añadir algunas breves notas. Las cartas del obispo caen de lleno en su mayor parte dentro del género de la *consolatoria* y *exhortatoria*, como no podía ser menos, y en ellas (como dice la carta XI) se enseña, refuta, disuade y aconseja. Sus corresponsales escriben desde una situación de angustia y dolor y piden en el obispo comprensión y consuelo (amén de querer congraciarse con él para una mejor resolución de su situación, imaginamos). En todas se muestra una preocupación por el estilo y la forma, que les dan un carácter de ejercicio literario a pesar de la enorme seriedad de las circunstancias que rodean su escritura. Todos los corresponsales elogian al obispo por la humanidad que les ha demostrado en su trato y le alaban como gran valedor de los necesitados. Muchas ensalzan igualmente varios de sus opúsculos, y a su autor por su sabiduría y elocuencia. Es preciosa la serie de cartas cruzadas con Pomponio sobre el tema de la soledad, así como la defensa que éste hace de la utilidad de la soledad siempre que sea en libertad (a Campano le consolará diciendo que el verdadero sabio no puede nunca ser prisionero, pues mantiene en toda ocasión la libertad de su mente); o las de Lúcido sobre la juventud como época de prueba para conseguir méritos virtuosos y rechazo de las pasiones. E igualmente destaca la serie de cartas con Agustín Maffei *de amicitia* sobre el amor (exagerado) como trastorno del espíritu “que nos arrastra sobre todo a creer invencibles a las personas que queremos” (253). Con Semitumelyo Campano analiza Sánchez de Arévalo la *realidad* de los sueños y sus causas (siempre *naturales*), llegando a la conclusión de que los malos que padece su corresponsal son debidos bien “a la tristeza y el sufrimiento del espíritu que padece” bien a “engano del enemigo del género humano” (267). Otros temas típicos de la literatura humanista (y cristiana) y que afloran en las misivas son el rechazo de la adulación, el consuelo ante el dolor, la prevención contra la Fortuna, etc.

De entre todas las cartas destacan en particular las que se cruzan Sánchez de Arévalo y Bartolomé Plátina (cartas III-XIV), sin duda el director *espiritual* de la Academia (autor de la afamada historia de los pontífices) y por quien Sánchez de Arévalo pareciera mostrar predilección especial. Por esta correspondencia pasan numerosos asuntos, que hacen que la serie de ellas se convierta en su suma en un minitratado de filosofía moral (vanidad/vanagloria, fortuna, dolores, pasiones, salvación, virtud, sabiduría, etc.), de base bíblica, patrística, senequista y escolástica, con cierto regusto humanista cristiano. Enfermo de alma se confiesa en la carta III, aquejado de un dolor que apenas puede soportar. Rodrigo le aconseja en respuesta que

se goce en sus cuitas corporales, soporte la adversidad para así acercarse más a la virtud y a la salvación (carta IV) mostrándose en ello verdadero sabio (cristiano). La carta VIIb es de extraordinaria importancia y en ella se aborda el tema de la Fortuna (favorable y adversa). Plátina se confiesa en ella enfermo (del cuerpo y el espíritu), tentado de perder la esperanza y pensando en lo difícil que le resulta encontrar en la virtud remedio a su situación. En una larga carta (VIII) le responde el obispo, en la que rechaza que se pueda nacer “con mala estrelao un hado adverso” (121). Defiende que “ha de haber una providencia especial, la que Dios tiene respecto a las criaturas racionales, en la medida en que dirige a esas criaturas por su piedad para alcanzar la felicidad suprema” o entregarlas al castigo (125). No niega el obispo el influjo de la actuación de los cuerpos celestes sobre lo terrenal, aunque sí niega que la disposición de los astros condicione a los mortales en un sentido o en otro. Plátina se deja luego medio convencer, aunque insiste en que su enfermedad mal se puede curar con las palabras solas. Rodrigo (X) insiste que a quien desea la salvación no le quebrantan los dolores y que tan ardientes pueden ser el deseo y voluntad de búsqueda de la verdad que hagan que se elimine la percepción del dolor por los sentidos. La extraordinaria carta XII se centra en el tema de las secuelas de la pasión aun después de su cura, pues tal es su fuerza que “el hombre llega a perder totalmente el uso de la razón” (151). El único antídoto a esta predisposición o debilidad humana son la sabiduría y la virtud, aunque de dichas secuelas no le puede liberar al hombre ni la bondad divina. Si bien cada uno lleva en sí el recurso con que golpear lo que lucha en las partes bajas (la libertad para resistir y la capacidad de oponerse a ello, tanto mayores cuanto más perfecto sea el hombre), el sabio no ignora que por mucho que pelee, por mucho que ninguna fortuna adversa le pueda perturbar,

necesariamente le acompañan esas que hemos llamado secuelas, es decir la debilidad, la tristeza, el desvarío de la mente, y muchos otros penosos pensamientos. (153)

La carta XIV, estimo, es la mejor de la serie. Plátina pide consejo sobre cómo curar los trastornos del alma, la esperanza, el gozo, el dolor y el miedo, y Rodrigo reconoce la relevancia del tema al indicar que estas cuestiones exceden su inteligencia (pensamos que aquí algo más que simple humildad retórica). Pide a Plátina que busque la buena esperanza, que vuelve a mente firme y estable (la virtud teologal), y que rechace la que es afección y perturbación del mal pues refiere a bienes futuros deleitables (pues aplaza –creando angustia– el bien y retrasa lo que se espera). El gozo (disfrute inmediato y fugaz que surge de la consecución de lo presente) produce tristeza por las cosas contrarias al bien amado. Frente a ello opone un goce permanente que brota del sentimiento íntimo de nuestra virtud y que disfruta quien no deja su felicidad a arbitrio ajeno. El dolor (miedo de un mal presente) no es mal supremo sino concierne a la virtud. El dolor se mitiga con la compasión de los amigos, la reflexión de la verdad y la contemplación. Por último, el temor (miedo o agitación por males

futuros) es loable si de forma racional se aparta de los males y se debe curar con esperanza (buena) y fortaleza.

En qué pudo ayudar con sus reflexiones Rodrigo a sus corresponsales nos quedará siempre dudoso. Es posible que las misivas se puedan leer como sucesión de *topoi* consolatorios sin mucha convicción y que sus receptores las leyeran como ejercicios literarios carentes de sinceridad. Es más que posible, sin embargo, que Rodrigo las escribiera con atención esmerada a la forma aunque con autenticidad de sentimientos, casi como ejercicios pastorales de su labor episcopal. A nosotros, lectores de las mismas en el contexto del Humanismo cuatrocentista, nos debe sorprender la formación intelectual del obispo, sin duda experto en asuntos bíblicos y patrísticos, desde luego conocedor de la reflexión moral y psicológica de la escolástica, pero a la vez empapado de cierto prurito de estilo (decir bien y con elocuencia). Y en particular, el hecho de que una mayor parte de las misivas quiera inculcar en sus angustiados corresponsales la idea de la libertad individual, la capacidad racional de la mente para conocer, que fomente la reflexión interiorizada de índole autoevaluativa, nos hace ver que estamos ante una figura que pertenece (en estas epístolas) a algo que debe llamarse Humanismo Cristiano que quiere concordar y conciliar “las dimensiones filosóficas clásica y cristiana”.

Asimismo, cerraré estas notas diciendo que para apreciar la distancia que media entre un exponente decididamente *humanista* (sin titubeos), y aun de cuño cristiano, y Rodrigo Sánchez de Arévalo podría resultar de interés una comparación de sus cartas con el *Comentario o Glosa a las ‘Trescientas’* de Hernán Núñez de Toledo (www.ehumanista.ucsb.edu, sección ‘Projects’), donde prolifera el uso de autores clásicos (griegos y latinos), se da importancia extraordinaria a las *nuevas* inquietudes cosmográficas y físicas, se observa un nuevo prurito de exégeta literario y se aprecia, en suma, una adscripción total de los ideales humanistas (incluyendo el afán de reformismo en la Iglesia) de la época. *Tibieza* humanista cristiana en uno, decidido empapamiento del Humanismo Cristiano en el otro.

Quedarán, pues, estas cartas como uno de los más fieles exponentes de la reflexión a que da lugar el Humanismo castellano en la pluma de Rodrigo Sánchez de Arévalo y deberemos agradecer a sus editores el trabajo magno de recuperación y estudio de las mismas que nos presentan en este excelente libro.